

VIII.

Al día siguiente.

Bernardo Thevenot y sus compañeros se alejaron, como jueces que acababan de cumplir un deber. El último grito del moribundo resonaba, no obstante, á sus oídos con un acento lúgubre, como si de repente les hubiese inspirado remordimientos, y *Varus* sentía el corazón oprimido. Después de haber seguido un momento por la calle de Montorgueil hacia el boulevard, los tres oficiales se separaron, sin pronunciar una palabra, demostrando únicamente con el silencio su profunda emoción. El coronel Thevenot se dirigió con la cabeza baja á su casa de la calle Paradis-Poissonniere, los otros desaparecieron en las calles de aquel gran París dormido, y sus pasos se perdieron á lo lejos.

El cadáver de Claudio Riviere permaneció tendido en el pasaje de la Reina de Hungría. Pedro Hermann había arrojado sobre él la capa que llevaba doblada en el brazo.

Los habitantes del pasaje, casi todos dormi-

dos, no habían oído nada de aquella lucha, ó los que se habían despertado al ruido del roce de los aceros, se habían apresurado á cerrar sus ventanas, después de haber arrojado una mirada furtiva hácia la semi oscuridad en que se agitaban los adversarios.

Pero apenas *Varus* y sus amigos hubieron desaparecido, cuando se abrió una especie de ventanillo que había en la puerta de una miserable tienda, sobre la que se leía esta inscripción: *Cambournas, carbonero*, y un hombre á medio vestir bajó en seguida al pasaje, llevando en la mano una de esas largas y arrolladas cerillas que usan en las iglesias para encender las luces.

Aquel hombre se dirigió con aire vacilante, casi trémulo, hácia el sitio en que yacía el cuerpo del comandante Riviere.

Alumbró con su luz, que el viento agitaba el rostro del soldado y no pudo menos de exhalar una exclamación de sorpresa y casi de admiración. Aquel pobre diablo de carbonero, poco inclinado al sentimentalismo, se conmovió sin embargo ante la expresión de aquel pálido semblante. Una sonrisa de fe, esperanza y, mejor que esto, de seguridad, vagaba todavía por los labios de Riviere, al que la muerte había hermosado.

—Ha muerto—dijo *Cambournas*—y ha muerto gritando una cosa que le habría enviado derechito á la llanura de Grenelle. ¡Es él! ¡el comandante Riviere!

El comandante, desde su arresto, era muy co-

nocido en París y sobre todo en el barrio Montmartre. El carbonero había pasado muchas veces bajo los cerrados balcones de la casa de Riviere. La primera idea de Cambournas fué esta. «¡Es preciso trasladar este hombre á su casa!»

Llamó á los vecinos y á las puertas de las tiendas pero nadie contestaba.

—¡A puesto á que tienen miedo!—decía el auvernés encogiéndose de hombros.

En honor de la verdad, el mismo tampoco estaba muy tranquilo.

Por fin consiguió reunir algunas personas que tendieron á Riviere sobre la capa que le cubría, y cogiéndola por las cuatro puntas, les sirvió para trasladarle á la esquina de la calle Jusienne.

El portero al ver el cadáver, quedó aterrado. ¡Hacia tan poco tiempo que había visto y hablado á Claudio Rivière!

—¿Es posible? ¡Lo que somos!

Su primera idea fué que el comandante había sido asesinado.

—Nó,—dijo en voz baja Cambournas — ¡sino muerto en duelo!

—¡Cómo! ¿Vos sabeis?

—¡Silencio! ¡Luego os lo diré todo!

La segunda idea del portero fué ir á buscar á Juan Riviere, puesto que sabia el domicilio del antiguo mercador de paños.

Despertaron al pobre hombre que estaba tranquilamente dormido y que quizás soñaba con su hijo.

—¿Qué sucede?—preguntó el buen viejo, presentándose con su gorro de algodón en la cabeza.

—Sucede, señor... sucede...

El portero no se atrevía á hablar; pero mirando el rostro de aquel hombre, Juan Riviere previó una desgracia.

—¿Mi hijo?—dijo—¿el comandante?

No pensó más que en su Claudio. Y realmente, ¿en quién podía pensar el pobre hombre, que no tenía más que un sér á quien querer en el mundo?

Poco le faltó para caer desmayado, cuando, apurando al portero á fuerza de preguntas, y no recibiendo sino respuestas evasivas, consiguió saber la verdad fijando en aquel hombre sus ojillos interrogadores:

—¿Está enfermo? ¿Qué tiene? ¿Herido? ¿Muerto quizás? ¿Está muerto, no es cierto? Contestadme de una vez. ¿Está muerto? ¡Ay, Dios mio! ¡Muerto! ¡Mi hijo, mi Claudio muerto!

Miró á su alrededor con aire asustado, como si hubiese creído ver á su lado el fantasma de Claudio, y se pasaba las manos por la cara ó elevaba sus delgados brazos al cielo.

Daba pena ver al pobre anciano.

—¿Y dónde está? ¿En su casa? ¡Pues bien! ¡quiero verle! Vamos—dijo con extraña energía.

Caminó sin tambalearse hasta la calle Montmartre. El portero le ofreció varias veces el brazo, pero el buen hombre lo rehusó.

Aunque hacia frio, iba con la cabeza descubierta, y sus labios dejaban escapar frases

entrecortadas, unas de dolor, otras de amenaza.

—¿Quién le ha matado? ¡Oh! ¡lo que es este. sea quien fuere, lo ha de pagar caro!... ¡Muerto! él... No lo creo... no puede ser... ¡Imposible!

Aunque todavía era de noche, se había reunido mucha gente delante de la casa de la calle Montmartre. Pero las malas noticias corren mucho. Cesaron las conversaciones y todos se apartaron cuando vieron llegar á Juan Riviere. El pobre anciano oía murmurar en voz baja estas palabras: «¡Es el padre!» y le miraban con ese respeto y compasión que inspira siempre la desgracia.

Las puertas de la habitación del comandante estaban abiertas. Juan Riviere encontró en casa de su hijo personas á quienes no conocía; eran curiosos que le saludaron y á quienes devolvió maquinalmente los saludos. Miraba á todos lados, buscando á su hijo y temiendo verle.

Por fin, preguntó con el tono quejumbroso de un niño.

—¿Dónde le han puesto? ¿Dónde está?

Cuando vió aquel cuerpo tendido sobre la cama, vestido, pálido y rígido ya, retrocedió balbuceando:

—¡Luego es verdad!

Un horrible sollozo desgarró su pecho y se precipitó sobre la mano de Claudio; la cogió entre las suyas, besándola con delirio y se echó á llorar. Cambournas le miraba conmovido.

—¡Mi Claudio! ¡Mi buen Claudio! Tú que eras

el honor, la abnegación y la virtud... ¡Tú asesinado! ¡Y yo estoy aquí! ¡Yo, ser inútil en el mundo, vivo aún, y tendré que ir detrás de tu féretro después de haber acompañado ya al cementerio á tu madre y á tu hermana, á todo cuanto amaba! ¡Y es eso justo? ¡Por qué te has ido tú y no yo? ¡Para qué sirvo en la vida?

Juan Riviere cubrió de besos la frente y los ojos de su hijo.

Luego el anciano se levantó, tendió sus manos con una especie de majestad, que no podía sospecharse en él, sobre los párpados del muerto, y los cerró lentamente.

—¡Esto, Claudio mio—dijo,—debías haberme lo hecho tú!

Ya no lloraba. Miró á los que le rodeaban, y con una autoridad poco común en él:

—Que uno de vosotros—dijo—vaya á la calle de Bretagne, al hotel de la señorita de la Rigaudie, y avise á la señora Teresa Riviere. Es preciso que venga en seguida, y que otro corra á la calle de Postas en busca del señor Sylvan Chambaraud. ¡Decidles que les espero!

Luego bruscamente añadió:

—Dejadme solo. ¡Quiero estar solo con *el!*

Hizo un gesto y todos obedecieron. El anciano no era ya el ser tímido que pasaba á través de la vida como excusándose de durar tanto; era «el padre» lleno de un amor egoísta hacia aquel hijo que le habían matado, y puesto que le habían robado su vida, por lo menos quería ser el único que mirara, besara y velara á aquel muerto!

Así permaneció, contemplando el cadáver, durante más de una hora, unas veces asustado, otras esperanzado, cuando á la vacilante luz de las bujías, creía haber visto agitarse á Claudio Riviere y más desolado luego, cuando, al precipitarse sobre su hijo, le hallaba rígido y helado!

De repente, la puerta se abrió y Teresa, pálida y desencajada, no podemos decir que entró, sino que se precipitó en el cuarto, seguida de Cambournas.

Al ver el cadáver, Teresa cayó de rodillas alargando sus trémulas manos y repitiendo entre sollozos esta palabra:

—¡Perdóname! ¡Perdóname!

—¡Ah!—dijo entonces con siniestra aspereza el pobre Juan Riviere que hasta entonces no había conocido más que la bondad,—¡pedídselo, desgraciada, vos que sois quizás la causa de que mi hijo esté tendido ahí!

—¡Yo!.. ¿Ha sido por culpa mía? ¡Oh! señor,—exclamó Teresa suplicante,—¡no me digais eso! ¡No me angustieis más!... ¡Yo!... ¡yo!... ¡Ah! ¡ya ha llegado esa desgracia tan temida y que yo preveía... ¡Y soy yo!... No, ¡no es cierto!... ¡Yo soy inocente!... ¡Claudio! ¡Claudio!...

Y le llamaba como loca, queriendo coger su mano inerte y besarla, como cuando Riviere se la había alargado en señal de absolucion y quizás de olvido. Luego deseó ver la herida hecha en el corazón de Claudio. Desabrochó entonces su levita, pero retrocedió espantada al sacar de entre la ropa un cinturón de seda blanco, manchado de sangre y atravesado por la espada.

—¡Mi cinturón!—dijo con siniestra espresion, fijando sus estraviados ojos en aquella ancha cinta manchada de encarnado.

—Tambien he recogido esto, señora—dijo Cambournas adelantándose.— Este medallon cayó del bolsillo del... ¡comandante!

Y alargó un medallon á Teresa.

Era una miniatura hecha por J. B. Isabey, de Teresa, cuando estaba soltera. Aquel medallon no se había separado de Claudio Riviere desde que la jóven se lo había dado.

—¡Mi retrato!—exclamó ella con el mismo tono de abatimiento.

—¡Oh!—exclamó Juan Riviere.—¡Os amaba mucho, señora! ¡Nunca os ha costado una sola lágrima!

Teresa se retorció las manos.

—¡Por favor!...—dijo—¡por compasion, no me hableis de ese modo! ¡Ah! ¡si supiéseis cuánto me haceis sufrir!

—No es ese el destino de las mujeres— exclamó una voz irónica detrás de ella; — al contrario, ellas son las que todo lo destrozan y hacen de los hombres lo que habeis hecho de Riviere... ¡un cadáver!

Teresa se volvió.

Sylvan Chambaraud, de pié y con la cabeza descubierta, la miraba implacable.

—¡Oh!—dijo con un horrible sollozo, implorando la compasion de su tío; — ¡no seais cruel cuando él no lo ha sido!

Le parecía á la jóven que su único apoyo era aquel muerto, aquel gran corazón que ella, mi-

serable loca, habia destrozado. Y su cabeza se extraviaba hasta el punto de querer gritar á aquel cadáver:

—¡Me acusan Claudio mio, defiéndeme!

Chambaraud se habia adelantado hácia Juan Riviere, al que, hastacierto punto, habia levantado para estrecharle en sus brazos.

—¡Mirad! — dijo el antiguo mercader de paños señalando el cuerpo de su hijo; — ahí teneis la obra de la politica! ¡Me le han matado!

—¿Quién ha sido? — preguntó Sylvan Chambaraud.

Cambournas se adelantó, algo vacilante en apariencia, pero resuelto, no obstante, á hablar.

Habia conocido en otro tiempo á Chambaraud, le habia visto subir á la tribuna y quizás le habia aplaudido tambien.

—Ciudadano—dijo—todo lo he oido y visto. Voy á confesaros lo que sucedió.

Y entónces refirió, mientras que Juan y Chambaraud, de pié, no perdian una palabra de lo que decia, y Teresa de rodillas, parecia absorta en una muda plegaria, el terrible duelo de el pasaje de la Reina de Hungria, la acusacion formulada contra Riviere, el modo con que habian obligado al comandante á cruzar la espada y la fulminante estocada que habia matado á Claudio.

La sorpresa, el espanto y la ira pasaron sucesivamente por el rostro de aquellos dos hombres al oir hablar á Cambournas. La horrible acusacion de que habia sido objeto Claudio, hizo

saltar á Juan Riviere y esclamar á Chambaraud:

—¡Esos hombres estaban locos!

—¡Claudio, ladron! ¡Mi Claudio un falsario!—añadió el padre.—¡Nó, no estaban locos, eran unos bandidos!

Volviéndose hácia el austero semblante de su hijo:

—¡No le habian mirado!—dijo.

Teresa parecia no haber escuchado ni haber oido nada; pero no obstante se incorporó bruscamente y dirigiéndose á Cambournas

—¿Conoceis á esos hombres—dijo con sorprendente firmeza—que se atrevian á acusarle?

—A uno, por lo menos, sí—contestó el ausernés.

—¿Cómo se llama?

—El coronel Thevenot.

—Sé dónde vive—dijo Teresa.—¡Y él... ha podido creer!...

Tambien la joven se volvió hácia el cadáver.

—¡Esta mano hacer una obra tan infame!—añadió contemplando al muerto con extraña y apasionada espresion.—¡Y Thevenot ha creído esto! ¡Claudio, Claudio, yo les nombraré al culpable!

—¿Le conoces acaso?—preguntó Chambaraud.

Una carcajada estridente, dolorosa y enfermiza, le contestó.

—¡Que si le conozco!—dijo la joven—¡Ya lo creo que le conozco!

Y acompañó su sonrisa con un gesto indignado y furioso, lleno de abatimiento y rabia á la vez.

Sin embargo, no pudieron sacarla ni una palabra más; esperó á que fuera de día, permaneciendo junto á aquel cadáver, que Juan Riviere contemplaba á través de sus lágrimas, y cuya vista hacia repetir interiormente á Sylvan Chambaraud su frase acostumbrada: «¡Las mujeres! ¡las mujeres!»

Al amanecer, Teresa declaró que queria salir. ¿A dónde iba?

Juan Riviere, abatido, no la interrogó.

—¿Para qué abandonas ese cadáver?— la dijo Chambaraud.

La joven miró á su tío con aire estraviado.

—¿Para qué? ¡Para obligar á los que le han calumniado á inclinarse ante de él!

—Entonces no te detengo,—dijo el ex-convenional, sin pedir más esplicaciones.

Era á casa de Varus adonde iba Teresa.

El coronel, sentado ante una mesa llena de papeles y sobre la que habia colocadas dos pistolas, la recibió con una sorpresa llena de respeto.

El rostro del coronel estaba blanco como un sudario, y sus enrojecidos ojos demostraban que habia velado ó llorado. Las bronceadas mejillas de Varus no habian sabido, no obstante, hasta entonces, lo que era el surco de las lágrimas.

—¿Me conoceis?—le dijo Teresa bruscamente mirándole cara á cara.

El coronel saludó silenciosamente.

—¿Y sabeis á qué he venido?—continuó.

Thévenot no contestó, inclinándose ante aquel dolor.

—He venido á deciros,—dijo Teresa,—que habeis asesinado á un hombre y que ese hombre era el mejor de todos vosotros!

—Señora,—dijo *Varus* con voz varonil y sin embargo conmovida,—el duelo tiene sus implacables severidades y la justicia...

—¡Oh! no hableis de la justicia,—interrumpió Teresa con exaltacion.—Lo sé todo; las acusaciones que habeis arrojado al rostro del comandante Riviere han sido escuchadas. ¡Pues bien! esas acusaciones eran falsas. No habeis castigado al culpable, habeis matado á un inocente, habeis asesinado á vuestro amigo!

Thévenot permanecia de pie frente á aquella desgraciada, callando voluntariamente ante semejante infortunio.

La exaltacion y la ira de la pobre mujer iban en aumento á medida que hablaba. Se conocia que las palabras brotaban de sus labios como los borbotones de sangre de un corazon herido. Adivinábase en aquel pecho, que destrozaba con sus manos, una tempestad de dolores y una inmensidad de sufrimientos.

—¡Ah! ¡no me creéis!—dijo con aquella carcajada loca y cruel que Chambaraud y Riviere habian oido ya.—Pues voy á probaros que digo la verdad. ¿Habeis provocado al comandante porque han sido presentadas en Burdeos unas letras de cambio falsas? ¿Habeis acusado á un

hombre de honor porque la caja de vuestra asociacion se ha visto despojada de sus recursos? ¿Es cierto? Si, podeis confesármelo. Ya veis que no ignoro nada; y perded cuidado, que no seré yo quien os denuncie. ¡El silencio que él hubiera guardado, muerto él, lo guardaré yo!

—Pues bien; sí—repuso lentamente Bernardo Thevenot,—todo lo sabeis.

—Y tambien sé—prosiguió Teresa—que el falsificador y el cobarde que os ha robado no ha sido el comandante Riviere: ha sido uno de los vuestros.

—¿Quién?—preguntó el coronel palideciendo.

—¡Oh! ¡su nombre bien le conoceis!

—¿Habeis dicho que es uno de los nuestros?

—Seguramente.

—¿Cómo se llama?

—¡El capitán Ciampi!

—¿El?—dijo Thevenot fijando sus negras pupilas en aquella mujer enloquecida—sabeis que semejante acusacion...

Teresa se encogió bruscamente de hombros con espantosa ironía.

—¡Ah!—dijo—¡no faltaba más que despues de haber acusado tan fácilmente á un hombre cuya honradez le ponía á cubierto de toda sospecha, defendiérais ahora la reputacion de Ciampi!

Pronunció aquel nombre espresando todo su odio y las sílabas, silbaban como una serpiente, entre sus despreciativos labios.

—El comandante Riviere era el cajero de nuestra asociacion—dijo Varus con firmeza.

—Sí—contestó Teresa.

—¡El fué quien nos entregó las letras de cambio falsas!

—Sí,—repitió la jóven—pero el hombre que le habia robado las letras verdaderas era Agostino Ciampi.

—¿Robado?—dijo el coronel sintiendo al mismo tiempo un golpe terrible en su corazon y su cerebro.

—¡Sí, robado! ¡Por eso os digo que el único que merecia la muerte era él, y habeis matado á Claudio!

—¡Ah! ¡vive Dios!—exclamó Thevenot—si así fuese, me quemaria la mano con que habia herido á Riviere. Pero no es posible, amábais á vuestro marido, eso es muy natural. ¡Sin embargo, ha sido condenado por los nuestros, y el capitán Ciampi ha votado tambien su muerte!

—¿El? ¡Pardiez! ¡ya lo creo! ¡Destruia de ese modo la prueba de su crimen, y al mismo tiempo heria en el corazon á un rival! ¡La ocasion era demasiado hermosa para que la dejara escapar!

¿Sabeis cómo ha podido penetrar en el despacho del comandante Riviere el marqués Agostino de Olona?—continuó la joven con una exaltacion febril que la hacia aún más hermosa.—¡Pues ha sido porque aquel hombre podia entrar á la hora que quisiera en el domicilio de su amigo; ha sido porque tenia allí, para esperarle y guiarle, una cómplice inconsciente que daría hoy su vida con gusto por rescatar su crimen; ha sido porque el marqués de Olona engañaba á su amigo, como os ha engañado á vosotros, sus

compañeros de peligro; ha sido, en fin, porque había seducido á la mujer del que habeis matado, porque Agostino Ciampi era mi amante!

—¡Vuestro amante!

El coronel retrocedió aterrado.

—Sí, mi amante. ¡Ah! Dios me es testigo de que le odio con todas las fuerzas de mi alma, y que el recuerdo de ese amor es el de una vergüenza y un dolor; pero ¿comprendeis ahora lo que habeis hecho? ¡Claudio era inocente, os repito! ¡El culpable, el cobarde, el infame, aquel á quien debíais haber muerto, es Ciampi!

—¡Desgraciado de mí! —exclamó *Varus* pegando un puñetazo en la mesa. —¿Será esto cierto?

—Sí lo es. La mujer que confiesa su secreto merece que se la crea. ¡Sí, es cierto! Al esposo cuya bondad, abnegación y superioridad de alma debí adorar, le he engañado y ese es el remordimiento que me roe y me mata. ¡Ah! las consecuencias de la pasión, ¡cuántas lágrimas amargas, cuántos terrores y cuántas penas cuestan! Mirad, á veces me parece que no habeis sido vos quien le ha matado, que he sido yo quien le he atravesado el corazón. ¡Oh! no quiero verle más, se incorporaría en su lecho y su helada mano se estendería hacia mí... ¡Tengo miedo, mucho miedo!

El extravío de aquella mujer podia hacer que Thevenot dudara de sus palabras; pero al acosarla á preguntas hallaba, para defender la memoria de Claudio, acusar á Ciampi y aclarar aquel espantoso drama, una sangre fria inespere-

rada, una gran seguridad de memoria y una sorprendente exactitud de pensamiento.

Le refirió cómo se había escapado de la casa de Riviere, su vida con Ciampi, el secreto del marqués que ella no había adivinado, sino que él mismo se lo había comunicado, los trabajos de química de Agostino, todo se lo reveló al coronel, y, mientras que éste la escuchaba, sentía oprimirsele dolorosamente el corazón, y, en sus hundidas órbitas sus ojos se llenaban de gruesas lágrimas.

Cuando Teresa hubo terminado, nada contestó; levantóse, cogió una pistola, y dijo.

—¡Bueno!

Luego, arrojando el arma sobre la mesa:

—¡Ahora no, más tarde!

La joven le miraba con ojos extraviados que ya no lloraban.

Delgado y lívido, Bernardo Thévenot parecia un cadáver, Claudio Riviere no estaba, de seguro, más palido en su lecho de muerte.

—Adios, señora—dijo de repente, despidiendo á Teresa.

Y con desgarradora voz añadió.

—¡Sí, habeis contribuido á su muerte tanto como yo! ¡Debeis sufrir mucho, señora!

—¿Yo?—dijo Teresa exaltada despues de haberse estremecido de un modo horrible.—¡Oh, á mí no me queda ya mucho que sufrir!

Y se marchó orgullosa de sí misma, con el corazón inundado de alegría por el sacrificio que acababa de hacer de su honor.

Caminaba apresuradamente, diciéndose que

si Cláudio hubiera podido oír su justificación hecha por ella, habría olvidado para siempre su falta.

Y poco á poco, á medida que iba avanzando febrilmente, la sangre afluíá á sus sienes, las pulsaciones de sus arterias eran casi visibles en sus muñecas y se le figuraba que Cláudio Riviere la esperaba. Si, su Cláudio, que dormía acostado en su cuarto nupcial.

—Duerme porque sufre—se decía;—pero cuando le diga que el culpable ya está descubierto, que su honor está en salvo, ¡con que alegría se levantará! ¡Claudio! ¡Claudio!

Y le iba llamando por el camino.

Cuando llegó á la casa de la calle de Montmartre, Cambournas y el portero, que la vieron entrar, se asustaron.

La jóven les preguntó sonriendo:

—El comandante no habrá salido, no es cierto?

Subió con rapidez á su habitacion. En el cuarto donde estaba tendido el cadáver ardian los cirios, y Juan Riviere continuaba inmóvil en el mismo sitio.

Chambaraud, de pié, junto al balcon, miraba, sin verla, á través de los cristales, á la gente que pasaba por la calle.

Volvióse al ruido que Teresa hizo al entrar.

—¿Y bien?—preguntó.

Teresa llevó el dedo índice de su mano derecha á sus labios y murmuró sonriéndose:

—¡Silencio! ¡Es una sorpresa!

Y de puntillas se dirigió á la cama en que el soldado reposaba para siempre.

—¡Claudio! ¡Claudio!—dijo entonces.

Acercó su boca á los labios de cera del muerto, y continuó:

—¡He visto á *Varus*, Claudio, y lo sabe todo! ¡Ya no sospecha de tí! ¡Levántate, levántate, Claudio! ¡Van á castigar al culpable! Todavía duerme—añadió sonriendo.—¡Mi pobre Claudio está cansado! ¡Dejadle dormir, tío! ¡Ya vereis qué feliz será dentro de poco! Cuando se despierte, vais á dejarme, ¿no es cierto? Que yo sea la que le anuncie que *Varus* le espera.

Juan Riviere fijó en ella sus pobres ojos enrojecidos y atontados.

—¡Cuándo se despertará!—repitió Teresa en voz baja.

Luego añadió hablando á los dos á la vez:

—¡No hagais ruido!... ¡ningun ruido por Dios! El sueño es un gran bien. ¡Que duerma! ¡oh! ¡que duerma! ¡yo, ya no puedo dormir!

—¡El castigo!—se dijo Chambaraud, cuya sangre se heló, por decirlo así, en sus venas.—¡La desgraciada se ha vuelto loca!